

La calle
Diario de un espectador
Un poeta popular
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 25 de junio de 2008

Entre broma y en serio, Alí Chumacera se queja (o meramente comenta, porque no es un hombre plañidero) que nadie lo ha leído. El homenaje que se le rindió anteayer lunes demostró lo contrario: el Palacio de las Bellas Artes se repletó con los cientos de personas que seguramente han sido sus lectores y estaban ansiosos, sin que ningún mecanismo coercitivo los obligara a estar allí, de participar en el acto con que las esferas oficiales de la cultura festejaron los noventa años del poeta nayarita, que sería el mayor de esa tierra de no haber nacido en la misma entidad Amado Nervo. De calidades distintas los dos honran a su tierra natal. Por nuestra parte, si bien llegamos unos minutos después de la hora anunciada, no pudimos entrar ya al primer piso, cuyo cupo estaba completo.

La del lunes fue una fiesta de palabras, de acordes y de cadencias tanto verbales como musicales. Moderada por Enzia Verducchi, coordinadora nacional de literatura del Instituto nacional de Bellas artes casi toda la plana mayor de la poesía mexicana de hoy estaba reunida en la mesa presidida por el homenajeado. A su derecha, Dolores Castro, Carlos Montemayor y Eduardo Lizalde, a su izquierda, además de la funcionaria, Jaime Labastida y Emmanuel Carballo.

Antes de que comenzaran a hablar, se mostró al público que atestaba todos los pisos del recinto una videograbación donde, desde su colosal biblioteca, el homenajeado habla de su trabajo literario, de su quehacer poético, como haría en vivo al terminar la reunión, final precedido por otro video, esta vez destinado a dar cuenta de la evolución del poeta a lo largo de los años: desde niño, en la época en que cultivó el bigote y los momentos de las sienes plateadas.

Inició el festejo Dolores Castro, la única sobreviviente del Grupo de los ocho, que a mediados del siglo veinte reunió a algunos de los mejores poetas y a prosistas como Efrén Hernández, maestro en el cuento corto. Doña Dolores, Lola Castro, examinó desde su sensibilidad poética el trabajo de Chumacero, con más simpatías que diferencias respecto de los temas y los tonos de Alí. Le siguió Emmanuel Carballo, hoy en día el más eminente crítico e historiador de la literatura mexicana. Se reconoció alumno de Chumacero en el arte editorial, y recordó que muchas veces el poeta nayarita se tomaba el trabajo de corregir los textos que Carballo, joven provinciano, entregaba cada semana a Fernando Benítez, para su publicación en México en la cultura, el suplemento de Novedades. Pero no dejó que la pura evocación personal ocupara todo el tiempo de su intervención. Al contrario, tomó como acostumbra el escalpelo y examinó con rigor los resultados poéticos de su antiguo amigo. Los encomió sin que esa amistad interviniera para regir sus juicios.

Carlos Montemayor representó la voz de los poetas jóvenes en la mesa, si bien se aproxima ya a los sesenta años, dos tercios de los que Chumacero ha vivido. Reparó en la condición multidimensional del homenajeado, laborioso en los diversos oficios de la palabra. Jaime Labastida, a su turno, se ufano de la antigua y fructífera amistad que lo liga con Alí, pero fue explícito al declarar que dejaba de lado esa relación para examinar con rigor crítico los tres libros de Chumacero.

Todos los poetas allí presentes son iguales a Chumacero, pero hay unos más iguales que otros. El que más se equipara al homenajeado, Eduardo Lizalde, habló el último entre ellos. Lo hizo con su voz profunda de la que se espera brote de pronto el aria de alguna ópera. Y después tocó el turno a Alí.

La fiesta de palabras dio lugar a la musical. La Capella cervantina fundada y dirigida por Horacio Franco interpretó creaciones de Bach que permiten captar el talento del flautista cada día más maduro que es Franco.